



El Boletín

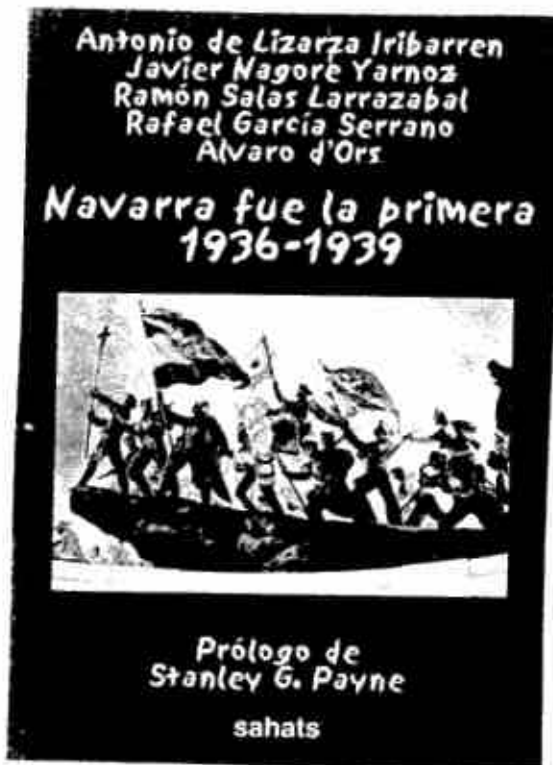
# CARLISTA

*de Madrid*

Enero 2007

Nº 93

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO EN PAMPLONA



El día 30 de noviembre pasado presentaba en Pamplona la Fundación socio-cultural Leyre el libro-testimonio cuya portada reproducimos.

Fue un acto importante, político e intelectual, que tuvo lugar en el Nuevo Casino Principal, en la histórica Plaza del Castillo, lleno su primer salón de público, de entrañables amigos. Presidió el Vicepresidente de la Fundación, Amadeo Serrano Navascués, el catedrático Pascual Tamburri y los Sres. D. Javier Nagore y D. Javier Lizarza, venido éste de Madrid, acompañado de amigos y paisanos.

Presentes estaban Ricardo Ollaquindia, la profesora María Puy Velasco, José Mari Corella, Del Hoyo, J.J. Martinena, Jesús Tanco, Silvita y Javier Baleztena. También, con sus familias, Miguel y Javier Garisoain, y una nutrida y destacada representación de Leiza, pueblo natal de D. Antonio Lizarza, uno de los autores del libro que se presentaba. Y la de varios pueblos de la Montaña de Navarra.

Recordamos las palabras del Vicepresidente presentador, y las del catedrático Tamburri, que fueron estupendas, de gran altura de filosofía histórica las de éste. Todos alabaron la edición, realizada con categoría y gusto por la editorial "Sahats", de Burlada, representada por su director, José María Domench.

Recogemos, por su interés histórico y bibliográfico, primero el Prólogo escrito por el catedrático de Wisconsin, Stanley G. Payne, y también lo que dijeron Francisco Javier de Lizarza, sobre el libro de su padre, y las de Javier Nagore, único autor recopilado felizmente viviente.

## Prólogo

### *El Carlismo y el Alzamiento de Julio de 1936*

Stanley G. Payne

Todos los historiadores, casi sin excepciones, han subrayado la importancia de la contribución del Carlismo al Alzamiento de julio de 1936. Una diferencia fundamental de la Guerra Civil en los dos lados fue que, mientras en el bando republicano todos los partidos y movimientos mantenían y proseguían sus propios objetivos sociopolíticos durante la guerra, en el bando nacional los varios grupos los subordinaron a la causa común.

De ningunos fue esto más característico que en el caso de los carlistas. En 1936 la Comunión Tradicionalista representaba el movimiento político más antiguo de España y tenía una doctrina monárquica, católica y corporativa muy claramente definida. El Jefe-Delegado de la Comunión en España, Manuel Fal Conde, había insistido originalmente que los carlistas debieran ocupar una posición política especial, si habían de participar en el movimiento nacional contra las izquierdas, para poder establecer su propia doctrina dentro de un gobierno nuevo. El general Emilio Mola, organizador de la rebelión militar, insistía en cambio en la necesidad de apoyo de voluntarios de milicias, pero la sublevación no podría tener éxito si estaba limitado por programas políticos de partidos o movimientos individuales, por patrióticos que fuesen. Además, llegaba a ser evidente que sin más ayuda desinteresada de otros grupos cívicos, el alzamiento planeado por Mola estaría destinado a fracasar, con resultados incalculables pero presumiblemente desastrosos para España.

Los carlistas, el pueblo de Navarra, decidieron el dilema, y al movimiento militar le dieron carácter popular y religioso. Con la mediación de Antonio Lizarza Iribarren, se ofreció la participación entusiasta y abnegada de miles de voluntarios requetés, sin exigir ninguna contrapartida o compromiso político a escala nacional. La participación del voluntariado carlista fue de una importancia crucial sobre todo durante los primeros meses de la guerra especialmente en la lucha del Norte pero también en la región de Sevilla. Aunque las circunstancias de los primeros meses no han permitido mantener unas estadísticas absolutamente ciertas y completas de bajas y para todas las unidades, la importancia de su contribución militar se desprende fácilmente de los datos muy extensos y sistemáticos de Julio Aróstegui, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española 1936-1939*, Madrid, 1991.

Los líderes carlistas pensaban mantener la identidad política del carlismo, con las propias instituciones de la Comunión Tradicionalista, aunque sin pretender mandar o dirigir fuera de Navarra. Pero, cuando el Generalísimo Franco insistió en la absoluta necesidad de alcanzar una unidad política estrecha para ganar la guerra, los carlistas lealmente aceptaron su subordinación política en la nueva Falange Española Tradicionalista, partido único establecido por el régimen de Franco.

La guerra civil de 1936, como todo recurso a la guerra, fue aceptada por los carlistas no como un bien sino como un mal menor. Cuando se llega al colapso de la ley y la convivencia, el intento de reconseguirlos *manu militari* es inevitable en casi todos los países. Igualmente la muerte de muchos miles de jóvenes Requetés idealistas no fue un bien sino un mal menor.

Durante el curso de la guerra, el régimen de Franco asumió un talante cada vez más autoritario, que no era del agrado de los carlistas, aunque lo aceptaron en términos políticos mientras durase la contienda. Luego, a su final, el regente carlista, don Javier de Borbón-Parma, visitó la embajada británica en París para solicitar que Gran Bretaña usara su influencia para modificar el nuevo régimen en Madrid, tan favorable a las potencias fascistas, pero no se le hizo caso. En vez de emprender otra disidencia política, los carlistas meramente se apartaban más y más de las instituciones del régimen.

Los carlistas lucharon en la guerra española no para imponer intereses políticos propios sino para salvar los intereses de la Iglesia y de la unidad y el bienestar de España. Lucharon heroica y abnegadamente por esta causa, sufriendo uno de los porcentajes de bajas más altos que cualquier sector participante. La reedición de los textos sirve para recordar por qué y cómo se ofrecieron como voluntarios a esta causa, y cuánto costó.

---

Nuevo Casino Principal de Pamplona



Presentación del libro *Navarra fue la primera 1936-1939*  
30 Noviembre 2006

(De izquierda a derecha: Javier Nagore, Pascual Tamburri, Amadeo Serrano, Javier de Lizarza)

Me siento muy honrado en presentar hoy en Pamplona, que "es mi pueblo", el libro de mi padre, mi aitacho, que, como leizarra, quería ser llamado. Es un libro distinto sobre la guerra de 1936. En el aluvión de los que cada día se publican, éste, que no es nuevo, es sin embargo una novedad. Ya el título original llama la atención, pues es sugestivo y omnicomprendivo: "*Navarra fue la primera*". Procede de una vieja canción que recuerda aquellos primeros días de la Cruzada, cuando llegaban a Pamplona los camiones y autobuses de los pueblos cargados de mozos, que pedían fusiles.

Niño yo, recuerdo perfectamente, con esa claridad que la memoria guarda de cosas que quedan grabadas para siempre, aquella canción "Navarra fue la primera..." "¡Voluntarios, a las armas!... En defensa de la bandera de Dios, la Patria y el Rey".

El título es, pues, acertado, bien significativo del contenido. El libro, aunque no es original, sí lo es en cierta manera, pues recoge textos olvidados, inalcanzables, y los une con un hilo conductor único, la explicación de cómo un movimiento militar, en que varias guarniciones se sublevaron contra el caos político, contra el desastre, contra la República, en suma, se convirtió en Navarra precisamente en una Cruzada popular, patriótica y religiosa.

En algunas capitales triunfó la sublevación, en otras –las más importantes– fracasó. No hace falta dar nombres, ni recordar razones de por qué allí sí y por qué en otros lugares no. Pero precisamente en Pamplona, que fue la última en levantarse, no por falta de ganas, sino porque así lo tenía ordenado "el director" del Alzamiento militar, el General Molá, no por otra razón.

Era la última de las que se levantaron, pero, sin embargo, con el Ejército se sublevó el pueblo, Navarra entera. Los pueblos se volcaron en Pamplona, con los jefes locales del Requeté, con los alcaldes, con sus curas. Los mozos, en mangas de camisa –era julio– y en pantalón de faena. Todos a la Plaza del Castillo, y de allí al cuartel del América o del Sicilia. Aquello era distinto de lo que Mola había pensado y preparado. Y de lo que hasta entonces había ocurrido en Zaragoza, en Burgos, Oviedo o Sevilla. Navarra entera se volcaba sobre Pamplona, con sus párrocos, con las viejas canciones de la carlistada. Y así "cubrió los frentes de combate".

Pero eso, "Navarra fue la primera": De ahí la canción y el título de este libro que acaba de aparecer. ¡A los 70 años justamente!

Consta de cinco partes, bien distintas, pero perfectamente complementarias. Veamos.

Primero, el libro ya clásico de Antonio Lizarza, mi padre, "*Memorias de la Conspiración*", que tuvo cinco ediciones, todas agotadas, y que cuenta cómo los carlistas prepararon el Alzamiento, cómo se organizó el Requeté en Navarra. Cumple con la primera de las preguntas que podrían hacerse: ¿Cómo se preparó el levantamiento?

El segundo responde a la pregunta de ¿cómo se hizo la guerra?. Es decir, el libro de Javier Nagore, notario jubilado de Pamplona, felizmente viviente, "*La 1ª de Navarra*", que cuenta con lenguaje sencillito, lleno de humor, cómo se luchó,

qué pensaban los combatientes, por qué luchaban y morían. "Aire fresco" en tres años de guerra cruel y dura, que parecía interminable. Tuvo tres ediciones, y era ya prácticamente imposible localizarlo.

A continuación, y como complemento del anterior, de los méritos de Navarra, a la que se concedió la Gran Cruz Laureada de San Fernando por el Generalísimo del Ejército nacional, el estudio técnico del general Ramón Salas Larrazábal, que pasa por inalcanzable estas alturas.

Pero, siguiendo con la guerra, ¿qué se cantaba en ella?. Conocerlo puede ser la mejor explicación e identificación del espíritu de los combatientes. En una canción se expresa el corazón, lo que se siente de tal manera, que por ese sentir se hacen los mayores sacrificios, se ofrece y se da la misma vida. La geografía española está, o estuvo, llena de tumbas con el sagrado epitafio: "Muerto por Dios y por España". Es el cuarto libro, el de Rafael García Serrano, "Cantatas de mi mochila", pamploriés, falangista, que bien mereció ser académico de la Lengua. Recogió todo lo que se cantaba entonces en la guerra de 1936 y también lo que han cantado los soldados españoles, desde los días del Gran Capitán en las guerras de Italia, o en la campaña de Navarra, lo que él llama las canciones tatarabuelas, bisabuelas y abuelas.

Y como final, la respuesta a la gran pregunta: ¿Por qué se hizo la guerra? El estudio filosófico del maestro Álvaro d'Ors, catedrático de Universidad, requeté voluntario en la lucha, en un tercio castellano-navarro, el "Burgos-Sangüesa".

De la preparación, pues, de la guerra (Antonio Lizarza), a recordar cómo se hizo (Javier Nagore), a cómo y por qué se dio a Navarra la Laureada (Salas Larrazábal), qué cantaban los combatientes del Ejército que ganó (García Serrano), y por qué se hizo la misma (Álvaro d'Ors).

No podía hacerse una mejor enciclopedia del suceso. Un libro testimonio, no político, porque la Historia no lo es, de cinco autores bien distintos, por su origen, profesión y pensar, y un capítulo con fotos y banderas, muchas de éstas conservadas en el Museo Tabar, de Navarra.

De los cinco autores, sólo vive hoy Javier Nagore. Aunque con 87 años, todavía sube montañas casi a diario, llegando y pasando las de 2.000 metros los fines de semana.

¿Debemos recomendar el libro? Creemos sinceramente que no es necesario. La verdad no necesita propaganda... Se impone. Hacia falta recordarla sencillamente y que los cinco libros se recogieran en uno y que éste, que es historia, no falte en las bibliotecas públicas, archivos y universidades.

Meritoria labor la del editor SAHATS, de Burlada, que ha cumplido como bueno en este 70º aniversario del "Día grande de Navarra", cuando ésta que, "fue la primera", cambió la historia e hizo que un Alzamiento militar se convirtiera en Cruzada, religiosa, popular y española.

Y porque recuerdo lo que aquí, entonces, en la Plaza del Castillo, se gritaba, termino con el grito de ¡Viva España!

---

*“Navarra fue la primera  
(1936-1939)”*

---

A los setenta años de la “Guerra de España” por antonomasia (pues así se califica por casi todos los historiadores), los que la hicimos en el lado nacional (porque así también la denominaron todos), nos vemos hoy contemplando unos sucesos miméticos con los que nos llevaron a aquella lucha por España; y empleando, para defendernos de haberla ganado –y con ello cuarenta años de renacimiento religioso, paz y progreso social-, usando, digo casi idénticos argumentos a los de entonces, que se repitieron luego a los veinticinco y a los cincuenta años. Sí, los mismos que hoy a los setenta, en el 2006. Y es que para comprender el carácter de aquella guerra debe intentarse al menos tomar en consideración los hechos más que las palabras, los sucesos más que las opiniones.

En esto coincide Sir Arnold Lunn, que en una nota crítica a la “Historia” de Hugh Thomas sobre la guerra española, escribía en el “Catholic Herald” del 12 de mayo de 1961: *“Recuerdo una tarde en el cementerio de Huesca que acababa de ser liberado. La capilla de la Virgen se había convertido en un bar y las paredes estaban llenas de dibujos obscenos. Yo no pretendo ser un observador desapasionado de éstos y parecidos horrores, pero entonces los vi, y Mr. Thomas no ha hecho más que leer sobre ellos”*.

Sí, como le oí yo también, en junio de 1937, a una vieja casera entre Larrabezúa y Galdácano, *“ante un yo lo vi, hay que creer o reventar”*. Y es que, por eso precisamente, los relatos de los protagonistas de los hechos, de los testigos de los sucesos tienen un carácter de fuentes históricas. Y cuando reúnen las condiciones de veracidad y objetividad son valiosos e, incluso con sus defectos, imprescindibles.

En el libro “Navarra fue la primera” se integran cinco relatos de cinco autores, testigos y protagonistas de los hechos narrados por ellos mismos; aunque uno, Álvaro d’Ors, explicita y haga abstracción, por encima de los hechos, de las razones por las que esos hechos sucedieron, y del futuro proyectado después de la victoria del 39 por las armas de los defensores del ser de España. Porque, hay que repetirlo constantemente, sobre lo que los españoles de entonces de uno y otro bando – nacional y rojo- y los españoles de ahora, también en bandos análogos, aunque tal vez menos virulentos por más “descafeinados”, lo que unos y otros quieren, repito, sobre el sustantivo ¡victoria! en el 39, toda lógica deducida de los hechos de “lo que se ve y se oye y perdura”, dirá ahora como entonces dijo: “Unos ganaron la guerra y otros la perdieron”. Y no se trata aquí de discutir sobre si la ganó o perdió España, aunque nadie podrá impedir, con esa lógica objetiva, a los que entonces lucharon “por Dios y por España”, la creencia en su triunfo, y que con éste ganó la Patria española, pues en el otro lado sólo se oyó ¡Viva Rusia!

Se pasó, muy acusadamente en el siglo pasado y todavía en el comienzo del siglo XXI, al enjuiciar la guerra española de 1936-1939, a la utópica pretensión de condenar radicalmente todas las guerras; no sólo de las calificadas de “santas”, de “cruzadas”, sino de cualquier guerra; e incluso de cualquier violencia, pues toda se considera injusta, ilegítima. Pero esto no deja de ser una utopía. En efecto: ¿Qué significa la guerra con relación a la paz? También la noción de paz es compleja y ambigua, y puede utilizarse en contradicción. Guerra y paz se oponen, sí, pero considerar como auténtica paz la ausencia de guerra, debe hacernos reflexionar sobre la posibilidad de una justa guerra en servicio, precisamente, de la paz.

Una convicción profunda en el pensamiento teológico es que la guerra, en sí misma, es irracional, y que el principio de una solución pacífica obligatoria de los conflictos es la única vía digna del hombre. Sin embargo, aun oponiéndose firmemente a la guerra y deseando su desaparición total, se han negado siempre los teólogos a considerarla como intrínsecamente inmoral en toda eventualidad; y no la condenan de forma absoluta.

Que la guerra pueda ser justa es fácilmente comprensible. El derecho de legítima defensa es un principio esencial del derecho natural en una humanidad pecadora, a condición de que no se utilice la violencia sino cuando sea indispensable, y en la medida en que lo sea. La defensa de la paz ha exigido siempre el riesgo de la guerra. No es lícito pensar en la guerra como solución de los problemas, pero es obligatorio prevenirse contra un enemigo que no piensa en licitudes; con lo que se llega a la conclusión de que sólo la legítima defensa puede justificar la guerra. Y el bien común de restablecer un orden social inexistente puede hacer necesaria la guerra.

Tal fue el caso de la guerra de España en la que la mitad de los españoles tuvieron que defenderse contra la otra mitad de un desorden injusto. Esto es, en el fondo, lo que se narra en los cinco libros integrados en el volumen "Navarra fue la primera".

Todos ellos tuvieron varias ediciones y éstas críticas: muchas favorables, algunas adversas; según tiempos y circunstancias, según "políticas" e ideologías. Sin embargo, en ninguna ocasión se ha negado la verdad de los hechos narrados, testimoniales. Y, en el caso de Navarra, tampoco puede negarse que "hubo una generación de navarros alegre, generosa, esperanzada, que luchó y venció por Dios y por España, por la Tradición y porque... no había más remedio"; que combatió en una guerra como la española; que "fue una guerra para morir en ella, porque cualquier posteridad resultaría indigna", como se desprende de estos relatos; relatos de vario contenido, pero idéntico propósito.

Antonio de Lizarza en su libro, imprescindible como fuente del "Alzamiento", el General Ramón Salas Larrazábal en el suyo, de rigurosa estadística militar, Rafael García-Serrano en ese trabajo en el que recoge desenfadadamente los cantares de los soldados nacionales -"hacíamos la guerra con alegría"- . Y Álvaro d'Ors en su esclarecedor ensayo de "teología política" sobre la violencia y el orden, una violencia justa para imponer un orden social imprescindible que ya no existía. Todos estos autores dan fe con su respectivo testimonio de la entrega de una generación a un ideal; no solamente de la generación combatiente en el lado nacional, sino también la del lado opuesto. Y como abanderado el profesor norteamericano, emérito de Wisconsin, Stanley G. Payne, que prologa el trabajo.

En mi libro, "En la primera de Navarra", se destaca todo esto, muy especialmente referido a una generación navarra de "soldados conocidos", como lo fueron los que figuran en las lápidas de mármol del "Monumento de Navarra a sus muertos en la Cruzada", en largas listas -ahora cobardemente encubiertas- por pueblos; cada uno con su nombre y apellidos paterno y materno; testimonio irreplicable del sacrificio heroico de un pueblo por una gran causa que le animó.

Si ahora todo ello se juzga exagerado, entonces los hechos fueron así; hechos que en los cinco libros se recogen, que constan en los archivos y que se grabaron en mármoles en aquel Monumento. En últimas revisiones dan estas cifras estremecedoras: Población de Navarra (1930-1936), 345.883. Idem masculina, 172.652; 42.937 hombres en pie de guerra! (24.000 soldados, 6.000 falangistas, 13.000 requetés). ¡4.700 muertos en combate! (Requetés, un 15,35% de muertos; es decir un tanto por ciento mayor que el de la Legión, y más de dos veces superior a los de las otras regiones españolas).

En este volumen conjunto -ahora escribo lo que sigue como autor de uno de ellos, "En la primera de Navarra"-, ninguno de los libros pretenden ser prueba de algo, ni intentan entrar en polémica con nadie; ni lo pretendieron entonces, ni tampoco ahora. Si tienen, como ahora se dice, cierto "aire polémico" o "perfil religioso", y son "políticamente incorrectos", es preciso subrayar que tal era el ambiente, tal el perfil en aquellos años, tanto en la retaguardia como en los frentes de combate. Y todavía mayor en las unidades de requetés, en las que se creía y practicaba el "Tú, soldado de la Tradición, habrás de tener puesto en el Reino de Dios"; y en las que se

recordaba aquel "tirad, pero tirad sin odio", que fue norma en todo tiempo del guerrero cristiano; o, mejor aun, de todo cristiano combatiente en la guerra.

Dos notas más hay que destacar: una la alegría, otra la nostalgia; notas ambas de una juventud religiosamente sana; y, tal vez por ello, con gran capacidad de sacrificio: "Alegre es la victoria que esperas, como alegre es el deber cumplido. Canta nuestros himnos, anima a todos con tu ejemplo, desecha todo pesimismo y harás al amigo el mejor servicio". Así terminaba el "Devocionario del requeté", llevado por tantos combatientes en el bolsillo de la camisa caqui, debajo de medallas y "detentes". Con él murieron muchos. ¡En cuántas casas navarras, españolas, se conserva todavía hoy, en rojo deslucido de sangre desteñida, aquel "librico" del abuelo, del padre, del novio, del marido, "de aquel que nos mataron en la guerra".

La otras nota es la nostalgia: la nostalgia agridulce del soldado al pensar en su tierra, en su cielo, en sus gentes: padres, mujer, hijos, pueblo, novia...; y la otra, más íntima y cercana, al abandonar el lugar del breve descanso entre dos avances, entre dos periodos de estancia en las trincheras. Esa nostalgia que nos trae a la cabeza y al corazón de los que "hicimos la guerra", aun después de setenta años, la canción que yo relaciono en mi libro con "el tiempo del frente de Aragón":

*Teruel, Maestrazgo, Ebro.  
Por el río pasa el agua,  
por el agua la corriente,  
¡muchacha de tierra fría  
vamos a tierra caliente!*

Aunque el lector amigo no encuentre en sí mismo esa nostalgia, pues no vivió aquellos hechos, yo le aconsejo que entre en el ambiente de aquellos años, y, al evocarlos, recuerde y rece por los que, amigos o enemigos, luchamos en "la Guerra de España". Por todos, y, más especialmente, por los que "por Dios y por España murieron".

Javier Nagore Yárnoz  
Pamplona, 30 noviembre 2006

**NOTA BIBLIOGRÁFICA.** Antonio de Lizarza, Javier Nagore, Ramón Salas Larrazábal, Rafael García Serrano, Álvaro d'Ors. Prólogo de Stanley G. Payne. "Navarra fue la primera, 1936-1939". Burlada, (Navarra), Edit. Sahats, 2006

---

Pedidos:

**CÍRCULO CARLISTA SAN MATEO**  
Apartado de Correos 10.089  
28080 MADRID

Precio: 35 Euros ejemplar



## Acto carlista en EL CERRO DE LOS ÁNGELES

19 Noviembre 2006

### Homenaje a los héroes

---

Pedro Justo Dorado, carlista, requeté, fue fusilado el 23 de julio de 1936 en la falda del Cerro de los Ángeles. Está enterrado en la capilla de la Penitencia, de la Basílica de El Cerro. La noche del sábado 18 de julio, la pasó en oración con 30 compañeros de la Adoración Nocturna. Decidió quedarse el domingo 19, para defender la Basílica y el Monumento al Sagrado Corazón. Aprisionado, fue asesinado con cuatro compañeros, Vicente de Pablo, Fidel Barrio, Blas Ciarreta, Elías Requejo, enterrados hoy con él en la misma capilla.

Había nacido en Madrid. Tenía 32 años, y era sargento de requetés.

---

### Siete salesas mártires de la guerra de España

Hace 70 años, exactamente los días 18 y 23 de noviembre, fueron fusiladas en Madrid por anarquistas siete monjas salesas del Monasterio de la Visitación, de la calle de Santa Engracia.

En su recuerdo y homenaje se celebró el sábado, día 18 de noviembre, una solemne misa cantada en el Monasterio, a la que asistió una representación de "navarros en Madrid", por la razón de que una de las monjas asesinadas, la hermana María Inés Zudaire Galdeano, era navarra, del pueblo de Echavarri, en Tierra Estella. Tenía 36 años.

Vivía la comunidad en el Monasterio construido en 1881 en la citada calle de Santa Engracia, a dos pasos de la Plaza de Alonso Martínez, en pleno barrio de Chamberí. Al arceciar en 1936 la persecución religiosa en España, la mayor parte de la comunidad se trasladó al pueblo de Oronoz, en Navarra, quedando en la capital para cuidar del Monasterio siete hermanas (dos andaluzas, una gallega, tres guipuzcoanas y nuestra paisana navarra). Prepararon en la próxima calle de González Longoria, en un semisótano, un refugio. Allí fueron el 18 de julio de 1936, al llegar noticias de incendios en iglesias y conventos. Alguien les denunció y se hicieron varios registros, llevándose los milicianos objetos de culto traídos del Monasterio. El último fue el día 17 de noviembre, cuando los anarquistas se despidieron con un amenazador ¡"Hasta mañana"!

Y así fue, el 18, sobre las siete de la tarde, vinieron en un camión a buscarlas. Se había reunido mucha gente en la calle. Ellas, al ser sacadas hicieron la señal de la cruz. Alguien gritó: "¡Hay que fusilarlas aquí mismo, porque nos desafían!". La hermana navarra, María Inés, está enferma, con fiebre. Quieren sus compañeras abrirla con una manta, pero los milicianos dicen bruscamente: "No le hará ninguna falta". Salió la hermana tambaleándose, apoyada en otra compañera. El viaje es breve. Al llegar a la confluencia de la calle López de Hoyos con Velázquez, las hacen bajar y allí mismo las fusilan, menos a María Cecilia Cendoya, de Azpeitia, que nerviosa echa a correr, aunque pronto se encuentra con unos guardias, a quienes se entrega diciendo: "Soy religiosa". Es fusilada el día 23, en las tapias del cementerio de Vallecas. Tenía 26 años.

Las siete han sido beatificadas por el Papa Juan Pablo II, el 10 de mayo de 1998. Constan varias gracias y favores obtenidos por la intercesión de las Beatas Salesas.

F.J. de L.

---

## QUO VADIS

### MUSEO DEL CARLISMO

La idea de organizar un museo sobre una organización política cuyos principios, para muchos, siguen siendo válidos, permanentes, y proyectables en el futuro, puede resultar desconcertante si se piensa que es catalogarlo de algo así como una reliquia... Pero salvado el inicial rechazo que la idea produce, el ver que en definitiva un museo de esa naturaleza ya trató de establecerse después de finalizada la guerra civil, el Museo de Recuerdos del Carlismo, y que fenómenos tan pujantes como la aeronáutica o el ferrocarril tienen museos en todos los países, uno comienza a pensar que es tributo y homenaje de permanencia e historia el que se hace con la creación de un museo, antes que relicario que se instituye sobre las desaparecidas cenizas de un fenómeno político tan relevante como es el carlismo.

La creación del Museo del Carlismo y Centro de Estudios sobre él fue la última decisión unánime del Parlamento de Navarra, *némine discrepante*, sin duda conscientes todos los junteros, unos de manera más directa y otros de manera más subconsciente, que sin conocer esa historia difícilmente podría entenderse toda la historia de Navarra ni, desde luego, tampoco la historia de España de los últimos 150 años.

La idea del museo, según el acuerdo del Parlamento de Navarra, languidecía poco a poco, toda vez que para su puesta en práctica era necesario que el Gobierno de Navarra adoptara la decisión política de implementar el mandato parlamentario y dotara presupuestariamente a esa decisión de los fondos suficientes como para que fuera posible establecerlo en la práctica.

Coadyuvó a que finalmente fuera tomada esa decisión del Gobierno de Navarra la insistencia paciente, pero constante, del octogenario José Angel Zubiaur, que junto con un conjunto variopinto de organizaciones políticas, culturales y personalidades con raigambre carlista, secundaban de manera unánime la iniciativa.

Porque la iniciativa, para ponerse en práctica, necesitaba progresar por tres vías. En primer lugar por la consecución de una sede física para el museo, en segundo lugar por la obtención de los fondos mínimos necesarios para que desde un momento inicial pudiera funcionar, y en tercer lugar creando un proyecto museístico y académico que diseñara la forma en que los fondos iban a ser expuestos y la manera en la que el centro de estudios iba a funcionar.

Para facilitar la tarea del Gobierno de Navarra el grupo que junto con José Angel Zubiaur trataba de obtener la puesta en práctica de la iniciativa, llegó a preparar un importante proyecto arquitectónico, firmado por el Arquitecto Rafael Manzano, antiguo Director de los Reales Alcázares de Sevilla, que en su juventud había reordenado arquitectónicamente la Plazuela de San Pedro de Estella, vecina al Palacio del Gobernador en el que iba finalmente a instalarse el museo.

Aunque esa unidad de propósito de diferentes sensibilidades relacionadas con el carlismo desgraciadamente se rompió, el Partido Carlista, que detentaba la titularidad de los fondos provenientes del Museo de Recuerdos del Carlismo, cuya vida había sufrido

muchos y muy rocambolescos avatares, hizo entrega oficial al Gobierno de Navarra de esos fondos, que en parte habían estado depositados en el Museo Etnográfico del País Vasco, y restaurados en parte también con cargo a los presupuestos del Gobierno Vasco; para que pudieran ser conservados en condiciones razonables, la Fundación Ignacio Larramendi, todavía en vida del fundador, muerto en Septiembre de 2001, suscribió acuerdo con el Gobierno de Navarra para allegar los fondos necesarios para su conservación.

Junto a esos fondos quedaba pendiente la labor, importantísima, de obtener la confianza de todos aquellos que guardan documentos, objetos o recuerdos relacionados con la historia del carlismo, (cuyos herederos quién sabe si tendrán la misma sensibilidad...) para que se sintieran inclinados a hacer depósito de ellos en el museo, confiando en que así tendrían un destino digno, y evitarían el triste y lamentable espectáculo que supone ver objetos y recuerdos de esa naturaleza desbaratados en casas de ropavejeros, chatarreros y trapisondistas.

Existe, por lo demás, solicitado por el a la sazón Director de Museos del Gobierno de Navarra, un informe museológico para la instalación y apertura al público del museo, debido a la pluma del insigne hispanista Stanley G. Payne.

Con esos antecedentes, ha sorprendido a todos, tirios y troyanos, la constitución de un Comité Científico Asesor del museo, donde junto con las personalidades procedentes de la Administración navarra, como es lógico y de rigor, el Consejero José Ramón Corpas, la Directora de Museos Camino Paredes, y la encargada específica del museo Carmen Valdés, figuran una serie de profesores y estudiosos, con mayor o menor vinculación al estudio de la historia del carlismo, pero cuyos nombres y orientaciones históricas no satisfacen a los diferentes sucesores de aquella organización unitaria que impulsó la creación del museo, ni a la Asociación de Amigos del museo que preside Ramón Muruzabal, ni a la Fundación Ignacio Larramendi, que hubieran querido que, junto con cualesquiera componentes de ese Comité, es decir ,los representantes de la Administración y los nombrados, figuraran nombres que, frente a todos aquellos que conservan patrimonio histórico carlista, supusieran, desde una sensibilidad o desde otra, garantía suficiente como para que entregaran sus fondos, sabiendo que su voz y su sentir iba a ser escuchado a la hora de presentar tales fondos en el museo.

La humanidad ha progresado a través del sistema de ensayo y error, y no es tarde para que así suceda, y para que se amplíe la composición de esa Junta, para dar cabida a una pluralidad de integrantes que contribuyan a una proyección mejor y más amplia del Museo y Centro de Estudios del Palacio del Gobernador en Estella, y sean garantes de los numerosos donativos y depósitos que todavía el museo debe recibir para que sea testigo fiel de la historia de un movimiento único en la historia europea que, con todas las imperfecciones, defectos y luchas de las obras humanas, brilla con la luz del ejemplo de entrega y de heroísmo de que hicieron gala quienes sustentaron con nobleza la causa carlista.

El Caballero Carmolis

---

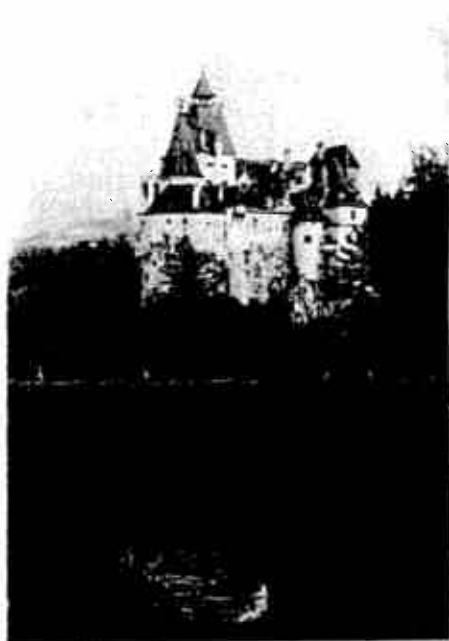
## Devolución del Castillo de Bran

Rumanía ha devuelto el Castillo de Bran, formidable fortaleza del siglo XIV, situada en Transylvania, a su legítimo propietario, el Príncipe Domingo de Habsburgo Hohenzollern y Borbón.

La Reina María de Rumanía lo donó a su hija la Princesa Ileana, esposa del archiduque Antonio de Habsburgo, en 1938. El castillo fue luego confiscado por las autoridades comunistas. Es famoso por haber sido escenario de muchas películas de Hollywood sobre Drácula.

Don Domingo es hoy el único bisnieto varón del Rey Carlos VII, por su hija mayor Doña Blanca, hermana del Rey don Jaime. Residente en Estados Unidos, visitó España, Madrid y Toledo, en septiembre de 2001, como recordarán los carlistas que le saludaron (Véase reportaje fotográfico en Boletín Carlista de Madrid núm. 61, de octubre 2001).

BRAN 2006



Domingo

Ileana



Domingo  
2006



El Boletín **CARLISTA**  
de Madrid

Apartado de Correos 10.089  
28080 MADRID

Suscripciones: 14,30 Euros/año